nado de aquel modo, con la misma grandeza y la misma nobleza, faltas de las que era tan poco culpable como de aquella! Pero á cada sermón del coronel acumulábase en su corazón más agradecimiento.

—Hoy tenemos muchas cosas que hacer, Josia — repuso Boleslas; — primero, vá usted á ir corriendo á casa de Remisof y le rogará que pase por aquí antes de almorzar; luego irá usted á casa de Ratier. ¡Ah!... luego me mandará usted un coche; he de salir.

Josia se inclinó sin decir una palabra, y cumplió, á pie, en media hora, los dos encargos. Cuando volvió, se enteró de que el coronel estaba en el comedor almorzando. Dirígiose allí y ¡cual no fue su sorpresa! En la mesa redonda, en frente el uno del otro, su principal y la señora Slavsky, comían un lenguado al gratin, presente del jefe de cocina á sus huéspedes.

-¡Señora Slavsky! - exclamó Josia más lleno que

nunca de veneración.

La simpática viajera tendióle con encantadora sonrisa la mano izquierda por encima de su hombro derecho; Josia apoyó fervorosamente sus labios, arrepentidos de los desórdenes de la víspera, en aquella hermosa mano indiferente; luego fué á sentarse al lado del coronel, sin atreverse á hacer la menor pregunta, y, lo que es más todavía, (tan bien acostumbrado estaba) sin sentir deseos de hacerlo.

Cualquiera hubiese dicho que la señora Slavsky había pasado su vida en el hotel de Bade; el cansancio de un día de juego y de una noche de viaje, no había dejado ninguna huella en su rostro. Comía con gracia, como conviene á una persona bien educada, y no bebía

más que vino aguado.

Aquella incomparable mujer sabía comer como pocos, á pesar de ser el de comer un arte indispensable
que toda madre debería enseñar cuidadosamente á sus
hijos. Así, por ejemplo, un pedazo de filete colocado
en un plato, desaparecía repentinamente, sin que nadie hubiese podido decir por donde había pasado. Nadie había visto abrirse aquella boca más que para ha-

blar; si el cuchillo y el tenedor habían hecho algunos movimientos, sólo había sido por distracción, para entretener los ociosos dedos; y, sin embargo, no tardaba otro pedazo de filete en ir á unirse al primero.

El panecillo, partido, permanecía en la mesa, y se le habría podido reconstituir entero, pues no faltaba ni

una partícula.

—¿Y la señorita Catalina? — se atrevió á preguntar por fin Josia, después de haber intentado inútilmente encontrar algo que comer en las espinas y en la cola del lenguado, que el mozo, con aire de gran dignidad, presentaba á aquel desgraciado que llegaba demasiado tarde.

-Mi hija se ha quedado allá - dijo la señora Slaws-

ky sin dejar de sonreir.

El corazón de Josia, que había palpitado febrilmente al entrar, pareció dejar de latir, y el joven se dejó quitar el plato. ¿Que le importaba desde aquel momento el mundo?

-¿Ha visto usted á Ratier? - preguntó Boleslas á su dependiente.

-No, coronel, había salido; pero para asegurar la ejecución de sus órdenes, le he dejado un recado.

-¿Y Remisof?

-Remisof vendrá á una hora ú otra de esta tarde.

-¿ Qué hacía? — preguntó Baleslas con los ojos fijos en el plato.

-Tenía dolor de cabeza - respondió Josia muy en-

cendido, - y bebía agua de Setlz.

-Ha debido usted traerlo á almorzar - dijo Boleslas

muy ocupado en comer.

—No creo que almuerce hoy, coronel — respondió siempre sumido en profunda confusión, doble de lo que habría experimentado Remisof si hubiese estado presente. — Se ha bebido dos botellas de agua de Seltz natural, y está triste.

La señora Slavsky se echó á reir, lo cual aumentó

la desolación del secretario.

-Pues usted, Josia - díjole, - tampoco tiene el as-

pecto muy alegre. ¿Le ha ocurrido alguna desgracia?

—Josia se ha ocupado con mucho interés de sus asuntos — replicó el coronel, movido por un impulso de compasión, y comprendiendo que Josia no sabría sa-

lir por si solo del paso. - Está cansado.

La señora Slavsky dirigió al joven secretario una mirada de dulce conmiseración. Aquí debemos apresurarnos á advertir que aquella mirada provenía únicamente de una costumbre contraída por la querida Barba desde hacía mucho tiempo: aparentar siempre que se toma una parte muy viva en todo lo que se dice, aunque de ello le importe á uno un ardite.

Concluyó el almuerzo, y la señora Slavsky corrió, quizá algo pesadamente, hacia los almacenes de novedades, mientras el coronel se encerraba con Josia, para examinar cuentas, notas y facturas, ninguna de

las cuales estaba saldada.

Ratier había salido aquel día muy temprano, y las distracciones de las noches precedentes no le habían causado ningún efecto; su sólida naturaleza le ponía á salvo del malestar que había vencido á los dos jóvenes; se hubiese dicho, por el contrario, cuando franqueaba el umbral de su puerta, que estaba más alegre que nunca.

Aquella mañana de abril era de las más agradables; aspiró el aire, y en el momento en que se dirigía hacia la parada de coches, hizo un gesto decidido, volvió la espalda á los vehículos y se dirigió á paso

ligero hacia Montmartre.

A medida que subía, en vez de sentirse cansado, parecía sentir aligerado su pecho, y apretaba el paso respirando con todos sus pulmones. Los cochecillos cargados de junquillos, de jacintos y de alelíes, rodaban trabajosamente á lo largo de las calles; pero los vendedores que tiraban de ellos no se quejaban, porque el día prometía ser hermoso y la venta sería buena. Vió Ratier un hermoso ramo de lilas blancas y lo compró sin regatear.

- Bendiga Dios la mano que me estrena! - dijo la

vendedora, persignándose con la moneda.

-¿Soy yo quien la estrena? - preguntó Ratier; - pues bien, ahí van diez sueldos más para que tenga usted buena suerte. Sobretodo, guarde usted la moneda, porque si no, ¡adiós la fortuna! Hágase usted el cargo de que es una moneda agujereada.

—Pierda usted cuidado, buen caballero, que no me desharé de ella. ¡Qué señor tan bueno! — dijo la vendedora para su coleto, porque Ratier estaba ya lejos;—

va á ver á su novia, no es difícil adivinarlo.

Ratier subió con ligereza la calle Lepic, bajo el hermoso sol de abril que bañaba su cutis ya casi moreno; cuando llegó al famoso molino, olfateó en el aire matutino cierto olor de bollos y entró en la tienda.

Lo primero que hirió su vista fué una hilera de humeantes y dorados bollos que salían del horno. Escogió el más gordo y bajó alegremente la otra vertiente de la colina, marcando el paso al compás de un estribillo en boga, no sin mostrarse muy preocupado por su bollo y por su ramo, que le ocupaban ambas manos.

Cuando llegó á ese vasto edificio que se llama el castillo de Bronillarch, entró en el patio sin llamar á nadie, y viendo en el fondo del jardín una falda clara en un sitio harto conocido, la abordó como á una antigua amiga, besando en las dos niejillas á la joven que la llevaba.

-¡Toma, si es Ratier! — exclamó un guapo mozo de unos treinta años que, á cosa de dos pasos, le volvió la espalda y sembraba plantas en un campo. —¡Es Ratier! ¿A esta hora?¡Vaya una ocurrencia! Pero has hecho bien, ¡qué diantre! ¿Almorzarás con nosotros?

-A eso he venido - contestó Ratier, colocando el ramo en el brazo de la joven y el bollo en las manos del joven. - ¿Y Bebé?

Bebé está arriba, la niñera lo está vistiendo. ¿Qué es esto?

-Un bollo calentito. ¡Ah, señora Feroud! ¡Ah, amigo Santiago! ¡qué bien se está aquí! Este sol es más caliente que el nuestro, y luego, y luego....

Se calló, se puso serio un instante, y miró á su alre-

dedor.

-¿ Qué tienes? ¿ te ha ocurrido algo de particular? le preguntó Santiago con interés.

-Absolutamente nada.

-¿De veras?

-Palabra de honor.

—Es que, dicho sea en honor de la verdad, no tenemos costumbre de verte á esta hora, y además, dicho sea sin ánimo de molestarte, hace seis meses que no habías venido por acá.

- | Seis meses! | no es posible! - exclamó Rader,

dando un salto.

—Seis meses justos; acabábamos de pagar el arrendamiento de octubre, y hoy hemos pagado el de abril, ¿verdad, Luisa? Esas son fechas señaladas en la vida de un matrimonio.

-¡Seis meses! - repitió Ratier; - ¡vive Dios que

han sido seis meses bien empleados!

Permaneció un momento silencioso, pensando en aquel medio año perdido en los zarzales de una senda extraviada, y algo como una ráfaga de melancolía pasó por sus expresivos ojos.

-¿Y qué es lo que le ha movido hoy á venir á ver-

nos? - preguntóle la joven sonriendo.

-¿Lo que me ha movido?... Tenía necesidad de ver personas honradas, y que no sean imbéciles, porque los hay, á fe mía, que hacen cojer asco á la virtud.

La señora Feroud se escurrió para ir á añadir unas chuletas á su modesto almuerzo, y Ratier se sentó en

un banco, al lado de su amigo.

Santiago Feroud era el compañero de colegio de Ratier; sólo que, al salir de aquél, habían seguido los dos vías diferentes. En este caso surge, generalmente, el olvido; pero la amistad de los dos jóvenes había soberevivido á todo lo que destruye en otros. Feroud, pobre, se había visto obligado á hacerse profesor de matemáticas. Es un oficio pesado y poco retribuído, en el que es grande el cansancio y escaso el resultado.

Sin embargo, poco á poco había acabado por labrarse una posición; las familias de los chicos á quienes había preparado para el bachillerato le habían recomendado algunos jóvenes para darles conferencias; poco á poco se había formado una vida en la que la rutina entraba lo bastante para poner ese grano de orden y de puntualidad tan necesarios, y en el que el desarrollo del espíritu encontraba también su sitio y su tiempo. Feroud era, además, inventor; muchas aplicaciones prácticas de la ciencia le habían producido alguna gloria y muy poco dinero.

Sin embargo, cuando, terminadas sus lecciones, se dirigía al castillo de Bronillarch, una grave alegría llenaba su corazón: la del hombre que se lo debe todo á sí mismo; se había casado, además, con una encantadora joven á la que amaba, y que tenía, entre otros méritos, el de no tener ni dote ni parientes, de modo que vivían únicamente el uno para el otro. Una niña de dos años era la alegría de su hogar, y ocupaba todas las horas de la madre, de tal modo, que Feroud, desde el nacimiento de su hija, en vez de verse acogido por la frase: ¿tan tarde? se oía decir diariamente: ¿ya?

El lector comprenderá que no se puede ser más dichoso.

Ratier miraba á aquella familia con una especie de curiosidad mezclada de respeto. Admirábale que se pudiese vivir con cuatro mil francos y criar bien á una niña. Más de una vez le había abierto su bolsa á Feroud, que se había negado estoicamente á aceptar el ofrecimiento.

No podría devolvértelo — le había dicho.
 →¿ Qué importa? — le contestaba Ratier.

Algo importaba, en opinión de Feroud, y había continuado la lucha con la pobreza, de la que acababa

de salir vencedor; considerábale, pues, Ratier como un ser extraordinario, algo chiflado quizá, pero indudoblemente respetable. En cuanto á la señora Feroud, era un ángel.

-¿ Qué es de tu vida? - preguntóle Santiago, después de estrechar una vez más la mano de su amigo.

-No lo sé - respondió éste; - palabra de honor que no lo sé...; El mundo está hecho de un modo!...

-Y el teatro, ¿has renunciado á él?

-Puesto que te digo que no lo sé... Quizá sí, quizá no... veremos.

-Pero me parece que ya es hora de ver. ¿ Qué edadtienes?

-Veintiocho años; es decir, ventisiete y once meses.

—Lo mismo da — dijo Santiago, que no pudo por menos que echarse á reir.

-Perdona, amigo mío, es un mes de diferencia.

—Sea; ¿vas á cumplir veintiocho años y no has pensado todavía tu carrera?

- Psé!... - dijo Ratier; - tengo tiempo; aun me queda algún dinero que comerme.

Santiago! — dijo la melodiosa voz de la señora Feroud.

Asomada á la ventana de su habitación, llamaba á los amigos á almorzar. Subieron, y en compañía de Bebé pasaron una hora riendo y charlando alegremente.

—¿Canta usted todavía, señor Ratier?—preguntó la joven cuando, levantado el mantel y enviada al jardín la niña, se encontraron en ese estado de bienestar que acompaña á la llegada del café y de los cigarros.

-Sí, algunas veces, aunque poco.

Santiago miró á su amigo con la apariencia de la mayor estupefacción.

-Entonces, ¿qué haces?

-Me divierto - respondió Ratier con tono dogmático. - Es decir, que consagro mi tiempo á diversas ocupaciones consideradas generalmente como diversio-

nes, tales como: levantarse tarde, reñir al criado, convidar á comer á los demás, comer de la cocina del restaurant, ignorar el gusto del café que no tenga achicoria—el de usted es excelente, amiga mía, porque lo hace usted misma,—jugar á cartas, no al treinta y uno, sino á los juegos más embriagadores, perder á él mi dinero, comprar caballos y volverlos á vender perdiendo, cenar, acostarme tarde, y decir groserías á las mujeres que se encuentran de nueve á doce de la noche en todos los sitios donde uno se divierte. He ahí lo que hago.

Santiago meneó la cabeza.

—Antes valías más que ahora — dijo, sin poder reprimir una sonrisa al oir aquella nomenclatura.

—¡Antes! — exclamó Ratier de un modo cómico, el más suave de los modos; antes, cuando me enamoraba de las estrellas, cuando hacía versos, porque aquí donde usted me ve, yo he hecho versos, amiga mía; antes, cuando era virtuoso y cuando era pobre. Pero la pobreza me dió apetitos feroces, y ahora que tengo mesa...

-¡Coges una indigestión!—le interrumpió Santiago.
-¡Ah, amigo mío! hace mucho tiempo que la padezco. Estoy — dijo Ratier, moviendo elegantemente la mano derecha, — estoy hastiado de todo, saturado de todos los goces. Si se aproximase un fósforo á mi cráneo, se vería brotar una luz azul de mi poblada cabellera: el vapor de los vinos alcohólicos y de las absentas adulteradas que he absorvido, ó, mejor dicho, que me han absorvido.

—Vamos, Eugenio, sé serio, te lo ruego — dijo el joven profesor de matemáticas; — no hay modo de saber si hablas en broma ó no.

-Pero si yo mismo no lo sé, querido, ¿cómo quieres que te lo diga?

-Pero puedes decirme, por lo menos, por qué no cantas ya. Después de tan excelentes y aprovechados estudios...

-Para que tu veas, Santiago - dijo Ratier, ponién-

dose de codos en la mesa, — todo eso es culpa de mi tío.

-¿De tu tío? ¿del que murió?

-Del mismo. Sigue mi razonamiento. Yo tenía diez y siete años, hacía ni bien ni mal mis estudios, como la mayoría de los imbéciles que los colegios arrojan anualmente al arroyo de París y de provincias. Pero he aquí que un día, era domingo, llovía, y yo estaba de vacaciones en casa de mi tío. Se me ocurre abrir la partitura de Guillermo Tell y ponerme á cantar: O ciel tu rais si Mathilde ni est chére! Berreaba de un modo capaz de hacer romper los cristales; mi tío sale de su cuarto, se me arroja al cuello y exclama: «¡Oh, Eugenio, tú serás el mejor de los tenores!» Figuraos verme desde aquí con mi traje de colegial, convertido en el mejor de los tenores. ¡ Yo no había estado nunca en la Opera! Mi tío me hizo cantar durante todo el día, y me dió veinte francos para que me divirtiese. Que Dios te perdone aquellos veinte francos 10h, mi difunto y querido tío! No estoy muy seguro de que no te hayan impedido la entrada en el paraíso. En una palabra; el jueves siguiente, va mi tío á buscarme y me lleva á casa de Dupres y allí deciden, sin que yo tomara parte en la decisión, que tengo voz de tenor, de tenor di forza; que humillaré á Tamberlick; en fin, se interrumpen mis estudios, y entré en el Conservatorio. 1Ah, amigos míos, el Conservatorio! Yo no sé lo que conserva; pero no conservó, en verdad, mi virtud.

-Pero en aquel tiempo no eras rico - interrumpió

Santiago.

—¿Y qué importa? Yo había nacido para el vicio. En el preciso momento en que, después de algunos años de trabajos, mitigados, verdad es, por algunos buenos ratos, pensaba debutar impulsado por el dinero y los amigos de mi tío, todos estos melómanos rabiosos, como él, muere el pobre señor y me deja toda su fortuna

-Bien ¿y qué? ¿era esa una razón para dejar el

canto?

-¡Pero desde el momento en que yo tenía de qué vivir!... ¿Tú crees, quizá, que es muy divertido embadurnarse la cara con polvos y colorete, ponerse la armadura del Trovador ó cubrirse con la negra piel de Otelo y salir á berrear como un energúmeno para solazar á dos mil babiecas?

-Pero el arte, el sentimiento de tu valor, la glo-

-Sí, sí... esos son otros cantares; no he llegado todavía á ellos; los reservo para cuando sea más viejo... cuando ya no tendré voz... El público prefiere los tenores de ese género; cuando son jóvenes, le cargan; no está acostumbrado á ellos. Ya ves, pues, que la culpa es de mi tío; si no me hubiese hecho estudiar el canto, estaría en camino de hacerme rico en una administración; pero rico honradamente, como todo el mundo, royéndole los huesos al prójimo. Esa es la primera falta de mi tío; la otra fué nombrarme su heredero; sin esa herencia, yo habría debutado y cantaría como todos los tenores: Nos, nos, nos, nos, jamais, ó bien: Si, si, si, si, toujours, á razón de dos francos por noche, comprendidas las en que no cantaría, por causa de la indisposición de una partiquina ó de una corista cualquiera. No se puede salir de ahí.

Y dejó caer los brazos encima de la mesa, con desaliento.

—Al contrario — díjole su amigo, golpeándole en el hombro; — hay que salir de ahí. Con tu fortuna...

-¡Mi fortuna! ¡Pues no habla el desgraciado de mi fortuna! ¡Pero si me la he comido, mi queridísimo amigo! Apenas si me quedan unos treinta mil francos, y aun esos los escondo; ¡me los escondo á mí mismo! Cuando llega el momento de llenar el portamonedas, pierdo la llave de la gaveta. Me paseo durante ocho días por París con una moneda de veinte francos; escatimo las propinas de los mozos de café; voy en ómnibus. Pero es demasiado bueno para que dure. Cuando he economizado cincuenta francos, me debo

algún desquite y derrocho quinientos. Ya ven ustedes que soy un hombre ordenado; pues bien, eso no me ha impedido arruinarme.

ENRIQUE GREVILLE

Los dos esposos, consternados, miraron á Ratier, sin

atreverse á dirigirle la palabra.

-¡Ese infame París es el culpable de todo! - exclamó éste acercándose á la ventana, y enseñándole los puños á los lejanos árboles de los Campos Elíseos y al tejado de cristales del palacio de la Industria, que brillaba al sol como un bloque de plata bruñida; ese monstruo es demasiado hermoso, demasiado venal, demasiado vicioso... ¡Lo adoro! - añadió, echándole besos á la nube de polvo que esfumina de una manera tan suave los contornos de ese espantoso París.

-Pero ¿y cuándo esté usted completamente arruinado? - dijo timidamente la joven, confusa por cosas

tan inauditas.

-Me queda el teatro... Por una feliz casualidad, que no merezco, en verdad, los pulmones están buenos y la voz no ha cambiado.

-¿ Sin ejercicio? - preguntó Santiago.

-¡Chist! - respondió Eugenio, llevándose un dedo á los labios; - nunca he pasado veinticuatro horas sin trabajar.

-; Sin cantar?

-Sin cantar, mi buen amigo; llamo á eso trabajar, porque no lo hago por gusto.

-¿Por qué no se casa usted? - volvió á preguntar Luisa, encendida como una amapola por su audacia; -

podría usted hacer una buena boda...

-¡He ahí lo que nunca haré! - contestó Ratier con tranquilidad, y tan serio, que sus amigos se quedaron sorprendidos. - No me casaré jamás por conveniencia; una mujer puede hacer lo que mejor le convenga, si de nada la acusa su conciencia... además, ¡ se las educa tan mal!...; pero un hombre no se vende. Más os diré; me he metido en algunos asuntos no muy limpios; por el gusto de engañar al público, he cometido algunas locuras; pero para casarme por conveniencia...; No!

Los ojos de Santiago expresaron su aprobación; pero no dijo una palabra.

-¿Y un buen casamiento - repuso Luisa, - un ca-

samiento como el nuestro, por amor?

-¡ El tenor casado por amor! - exclamó Ratier. -¡Y que mi compañero el barítono, ó el bajo ú otro cualquiera me robase á mi mujer mientras yo cantase el papel de Romeo con la prima donna? ¡ No estaría mal! No, no tengo ganas de casarme por amor. Además, no quiero á nadie.

Hubo un nuevo momento de silencio; luego repuso

Ratier con aire pensativo:

-¿ Qué hay que hacer para casar una hija?

-Pero ¿ es que tienes una hija casadera? - preguntó Santiago echándose á reir.

-Yo, no - respondió el joven, siempre extraordinariamente serio; - pero conozco una señora que querría tener una receta infalible para conseguir ese resultado.

-Si yo tuviese esa receta - dijo Féroud, - hace mu-

cho tiempo que habría hecho mi fortuna.

-Tú que eres inventor, debías buscarme ese medio. En cuanto á mí, vuelvo á mi vida de siempre.

-¿Hay alguna falda que te preocupe hoy más que otras?

-¡Ah, amigos míos, me gustan todas en general! Pero conozco una rubia...; ya os la enseñaré un día ú otro. Interinamente, adiós.

Bajó Ratier alegremente hasta el bulevar, en el que perdió vagando una ó dos horas, hasta que, á eso de las cinco, presentóse en casa del coronel, donde espe-

raba encontrar la compañía de la vispera.

Con gran asombro suyo, el coronel, que sabía que no había salido, no estaba en su habitación; la llave estaba, sin embargo, en la puerta; después de haber registrado hasta el armario donde guardaba Boleslas su ropa, oyó un ruido que le hizo aguzar el oído.

-Ratier es un loco - decía la señora Slavsky, - y

nunca conseguirá usted nada de él.

61

CASAR SU HIJA

63

—; Hola, hola! La querida Barba está aquí — pensó nuestro amigo; — si yo no fuese yo, he aquí una magnifica ocasión de saber en qué concepto me tiene; pero ciertas cosas me repugnan y...

Llamó á la puerta de la señora Slavsky, y entró en

el saloncillo que precedía á su alcoba.

—De usted precisamente hablábamos — díjole aquélla tendiéndole una mano.

—¿Hablaban ustedes mal? — preguntó Ratier, besando la mano que le tendían.

-¿Me cree usted capaz de eso? Al contrario, lo

mejor posible.
—Quisiera saber — pensó Ratier, — cómo trata á las

personas de quienes habla mal.

Sin embargo, sonrió, saludó á su alrededor, y viendo á Remisof, acurrucado en un rincón, le hizo un signo protector, al que el otro contestó con un gruñido.

— Siempre amable! — dijo. — Y usted, Josia, ¿se encuentra mejor esta mañana, 6 mejor dicho, esta tarde?

Josia, rojo de vergüenza, balbuceó no sé qué.

El coronel, impasible, con aquella elegancia que constituía las dos terceras partes de su crédito, tendió dos dedos á Ratier.

—¡Hola—le dijo éste; — ayer me daba toda la mano! ¡Y Barba acaba de llegar! ¡aquí ocurre alguna novedad! — Hétela entre nosotros bien impensadamente, mi querida amiga — dijo en voz alta; — la señorita Catalina...

—Mi hija se ha quedado allá — respondió la finísima señora. — Mañana vuelvo á su lado. He tenido que venir á hacer unas compras indispensables; pero sólo por algunas horas.

En este momento observó Ratier que Remisof tenía su reloj; volvióse hacia Josia: Josia también tenía el suyo. El coronel ostentaba fastuosamente su hermosa cadena sobre su chaleco perfectamente estirado.

—¡Han saqueado algún galeón! — exclamó para sí, viendo claro de repente. — Tendremos una temporadita

de desahogo.

La conversación decafa.

-¿Comen ustedes con nosotros, señores? - preguntó cortésmente la señora Slavsky.

-¡Bien merecido lo tenemos! - pensó Ratier. -¿Y Remisof, al que se le había prometido divertirlo? En verdad que no parece que se divierta mucho.

Mientras los jóvenes demostraban su agradecimiento por la invitación, el coronel cogió del brazo á Ratier y lo condujo á su habitación sin decir una palabra. Intrigado por su aspecto de solemnidad, preguntábase nuestro amigo qué significaba aquello, cuando vió á Boleslas abrir un cajón de la cómoda y sacar de él el pañuelo con las puntas anudadas.

-¡Mis Bolivianos! - exclamó Ratier; - ¡me han robado!

-¡Cómo que le han robado! - exclamó el coronel con altivez; - cuéntelos usted, señor mío, y cerciórese de que...

-¡Demasiado sé que están todos! ¡Precisamente por eso digo que me han robado! Yo creía haberme deshecho de ellos para siempre, y he aquí que me los devuelve usted. ¡Ah, coronel, eso no es delicado! ¿Qué diablos quiere usted que haga yo de ellos?

Boleslas expresó con un gesto muy noble que aquello no era de su incumbencia.

Supongo que no habrá creído usted que voy á colocarme ese paquete bajo el brazo y á seguirle como un perro que le lleva la comida á su amo. No, mi coronel; ¿los tiene usted? Pues bien, guárdelos, por lo menos hasta nueva orden.

-Estos valores, amigo mío, están en buenas manos... - empezó á decir el bizarro Boleslas.

-Sí, sí, comprendido; tal vez dentro de poco los necesitaremos...; aun pueden prestarnos algún servicio.

El coronel se sonrió con la superioridad de un hombre que tiene bien repleto el bolsillo.

-Nuestros asuntos han tomado un giro inesperado-

dijo, y se irguió de tal manera que el armazón de alambre pareció vibrar; - de hoy en adelante podemos hacer frente á todas las dificultades.

-¿ Hasta á los Aurochs? - preguntó asombrado Ra

-Hasta á los Aurochs.

-¡Ah, farsante! - pensó el joven, siempre irreverente. - ¿A quién demonio ha podido desbalijar la querida Barba? El caso me parece singular, porque, aun cuando sé que es muy fresca para pedir prestado, no la creo capaz de buscar dinero por otros medios deshonrosos. Tiene su honor particular, que no es del todo el mundo; pero no hay nadie perfecto. — Me alegro por los Aurochs - dijo en alta voz. - Muy contento debe estar el caballero de la Cáscara-Triste.

-¿El caballero de qué? - preguntó algo turbado

Boleslas.

-Josia, su secretario; si pudiese usted tener un segundo usted, diría su alter-ego; pero usted es único, coronel, único.

-¡Oh! - dijo protestando modestamente Boleslas.

-No; palabra de honor que es usted único. Josia es el que debe estar contento. El negocio de los Aurochs le quitará el sueño.

-No le hable usted de eso, se lo ruego - dijo el

coronel inquieto.

-Ya, comprendido; á su edad las emociones vivas... Está bien, coronel, seré discreto. ¿Dónde comemos?

-Aquí, en el comedor pequeño, á las siete.

-Perfectamente. Voy á dar órdenes de que no pongan á calentar el Burdeos en el calorífero; cuando lo escancían, ya no es Burdeos; es un caldo.

Acababan los comensales de comer y había desaparecido todo asomo de frialdad. Josia, á pesar de su arrepentimiento de por la mañana, á pesar de los cargos que le había hecho su conciencia, tenía las orejas encendidas, aunque la culpa la tenía una botella ofrecida por el coronel á sus invitados, como extraordinario. El mismo Remisof estaba de buen humor, cosa

tan rara, que Ratier había cogido los lentes del coronel para mirarle más atentamente. La bella Barba, á la que no desagradaban las conversaciones frívolas, contaba la aventura ocurrida en Niza de un conde griego con una marquesa española; y el coronel, en sus glorias, saboreaba como un sibarita el discurso de su amiga. Ratier, siempre filósofo, escuchaba y miraba, y se reía francamente, no de lo que se decía, sino de lo que se dejaba entrever, que era lo más sabroso para los inteligentes.

La historia llegaba á una de sus más picantes peripecias, y ya todos reían del previsto desenlace, cuando se abrió la puerta bruscamente, y una voz adorable de frescura y de juventud exclamó alegremente:

- Muy bien! Mientras aquí se divierten, á mí se me

deja allá lejos, castigada.

Los contertulios volviéronse, estupefactos; en el umbral, Catalina Slavsky, alta, esbelta, blanca y sonrosada, relampagueantes los ojos de alegría y de malicia, cruzados los brazos como Napoleón en Austerlitz, miraba á los asustados invitados.

Estaba tan bella, tan cándida en su desvergüenza de niña mal educada; su visible candor hacía un contraste tan cruel con los rostros enrojecidos por los manjares y el vino, con la expresión de curiosidad malsana despertada por la historia de la señora Slavsky; con toda aquella atmósfera de corrupción y de inmoralidad, que Ratier, el único capaz de comprenderle. se incorporó y estuvo a punto de decir: «¡ No entre usted In

Entró, sin embargo, seguida de una gruesa irlandesa, pesadota, coloradota, tosca, un verdadero fardo que no pensaba más que en atracarse durante todo el día, y que en aquel momento, cargada con las maletas de viaje y con los paraguas, no tenía ni forma ni figura.

- Es gracioso! - dijo Katia hablando alto con su sonora voz; - mamá hace saltar la banca, y aprovecha esa oportunidad para dejarme en rehenes en el

hotel.

—¡Catalina! — exclamó de nuevo la señora Slavsky.

La delincuente acercóse á su madre, la besó sin demasiada efusión la mano, presentó la frente al coronel — lo cual hizo hacer una mueca á Ratier — y paseó luego una mirada alrededor de la mesa. Segura de que no había allí personas extrañas, cogió una silla y se sentó entre su madre y el coronel.

-Mozo - dijo, - dele usted de comer a miss Am-

roth; se muere de hambre.

-¿Y tú? — preguntóle el coronel con gran afabilidad, porque quería realmente á aquella muchacha que conoció en pañales.

-¿Yo? En qué estaban ustedes, ¿en los postres? Ya no quedan. Mozo, deme usted un chocolate con bizcochos. Me muero por el chocolate. Pronto ¿eh?

La señora Slavsky guardaba un silencio que presagiaba una tormenta. El buen Boleslas tendióle un puente á la joven.

-¡Cómo, señorita vagabunda! ¿Mientras se la cree a usted en Mónaco rueda usted por la vía férrea?

-¡Ya lo creo! ¿Le parece á usted bien que una señorita noble y bien educada se quede en el hotel con miss Amroth, mientras su madre desaparece sin decir por qué?

-Pero ¿cómo has venido?

—Muy sencillo; va usted á ver. Mi boda estaba ya deshecha, ¿no es así? Pues ya no teníamos ningún motivo para permanecer en Mónaco; mamá pasa el día de ayer en la casa de juego, viene á casa un momento, me anuncia que parte, y desaparece. ¡Muy bien! Llegó la noche y me aburría, cuando he aquí que por debajo del balcón donde estaba tomando el fresco, pasan dos caballeros que decían: «Ha hecho saltar la banca y ha salido para París.» «¿Quién?» «Una señora rusa.» Entonces comprendí por qué mamá se había marchado, y si he de decir la verdad, no estaba contenta. ¡Sentí más ganas de ir á jugar! Me parece que en aquel momento habría hecho saltar la

banca.

—Yo no he hecho saltar la banca — interrumpió la señora Slavsky que, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía la personificación de la maternidad ultrajada.

Es verdad, mamá, perdona: en efecto, no hiciste saltar la banca, puesto que se continuó jugando. Pero yo no podía jugar puesto que el mínimun eran dos francos, y entre miss Amroth y yo no teníamos más que treinta y ocho sueldos.

El coronel dirigió una mirada de conmiseración á aquella pobre niña que no había podido jugar por falta

de dinero.

-Rabiosa, me fuí á acostar y lloré toda la noche.

En aquel momento entró el mozo con la sopa de la irlandesa y el chocolate de Katia, que continuó su discurso mientras mojaba bizcochos.

—Al día siguiente estaba despierta desde muy temprano, porque había dormido muy mal. Bajo para ver si hay cartas, cuando ¡qué veo! ¡una hermosa carta certificada con sus cinco sellos encarnados! La cojo, subo, la abro...

-¡Mi carta! - dijeron á un tiempo la señora Slavs-

ky y el coronel.

—Su bienhechora carta, sí. ¡Y lo que contenía! ¡Tres hermosos billetes de mil francos! ¿Qué hago entonces? Todos ustedes pueden figurárselo. Me hice presentar la cuenta del hotel; debíamos dos mil ciento cincuenta y siete francos y céntimos. ¡Cuando pienso que durante veinticuatro horas he valido dos mil ciento cincuenta y siete francos y céntimos! No creía valer tan cara. Miss Amroth equivalía á los céntimos. Una vez pagada la cuenta, cogí el primer tren, y henos aouí. Yo sé quien no vuelve á Mónaco: Catalina Slavsky.

Sorbió el fondo de su taza de chocolate, y mientras el mozo recogía el plato de la irlandesa, díjole por encima del hombro:

-Otro chocolate y más bizcochos.

—No comprendo cómo en el hotel te han dejado coger una carta que no era para ti — dijo la señora Slavsky, todavía muy incomodada.

-¡Oh, mamá, sabían demasiado bien que contenía dinero y creyeron que yo les pagaría! Eso era mejor

que esperar tu regreso.

La señora Slavsky no contestó.

-Lo que me admira - dijo Ratier, - es que la sefiorita no pensara en aprovechar aquel dinero que tenía

en su poder, para ir á jugar.

-¡Es verdad! - dijo Katia con sentimiento; - ¡si hubiese pensado en ello! ¡qué lástima! Ni siquiera se me ocurrió. Estaba tan furiosa por haberme quedado allí, que no pensé más que en una sola cosa: en venir á reunirme con mamá.

La segunda taza de chocolate hizo su aparición, y

Katia se entregó al placer de saborearla.

Desde la entrada de Catalina, Josia, con la boca entreabierta en el exceso de su admiración, la contemplaba sin salir de su éxtasis. En vano fué que Ratier le hiciese varias veces cosquillas en el cuello con la punta de la servilleta; el pobre muchacho no se daba cuenta de ello.

Mientras Barba y el coronel cambiaban miradas llenas de sorpresas, de interrogaciones y de proyectos, la joven alzó hacia el secretario los ojos.

-Usted sigue siendo siempre el mismo, Josia - le

dijo; - ¿ no piensa, usted, pues, cambiar?

-Yo, señorita... - balbuceó el tímido joven.

—Usted sigue siempre joven. No le pasa lo que al señor Ratier, parece un viejo.

-Es que soy sabio - dijo con importancia Ratier, -

y la sabiouría es propia de los viejos.

Katia acabó su taza de chocolate, se echó á reir, y lanzó con su sonora voz al quinto concurrente este saetazo de frente:

-¿Cuando tendrá usted cara alegre, señor Remisof?

Es usted muy ingrato con el destino. Es rico...

-Guapo - añadió Ratier.

Catalina hizo un mohín, pero no protestó de aquel aserto.

-Completamente dueño de sus acciones, y nunca tiene usted el aspecto de ser feliz.

-Es que todavía no se ha dignado usted mirarme con buenos ojos — replicó Remisof, con una oportunidad que á él mismo le sorprendió.

Ratier abrió unos grandes ojazos y sacó un carnet del bolsillo.

-¿ Qué hace usted? - le preguntó la joven, con el acento de una belleza satisfecha de sus admiradores.

—Tomo nota de la frase de Remisof; es la primera de su vida, y este papelito le servirá de amuleto; estas cosas deben siempre conservarse.

Remisof le lanzó una mirada furibunda.

La señora Slavsky se levantó; aquella fué la señal de despedida. Los hombres se dirigieron á fumar un cigarro al bulevar, mientras las señoras se instalaban en sus habitaciones. Los ecos del hotel no han conservado el recuerdo de la escena á que tuvo que hacer frente aquella noche Catalina; pero los ecos del hotel son tan engañadores!

La señora Slavsky había instalado con ella á su hija; el coronel gozaba de prosperidad; Josia había recibido el total de sus honorarios y las sumas adelantadas á su principal; la cuenta del hotel estaba saldada, y otra, ya robusta, germinaba dulcemente y engordaba á ojos vistas. Todo iba, pues, perfectamente en el mejor de los mundos.

Es curioso ver con qué facilidad se acostumbran los rusos al hotel en que la casualidad les hace apear. Aunque la cocina sea mediana, negligentes los criados y caras é incómodas las habitaciones, con tal de que el hotel esté situado en un buen sitio, no tratarán de buscar otro domicilio, del mismo modo que, en el tren, no cambiarán de vagón, por molesto que sea un viajero mal educado.

Esta propiedad de instalarse en todas partes como en su propia casa, se desarrolla en ellos á mayor abun-

damiento cuando se encuentran bien. El coronel habitaba hacía quince años el hotel de Bade, y no soñaba otro edén. Hasta entonces, en cada una de sus cortas y frecuentes estancias en París, la señora Slavsky compartía, no diremos aquel nido, pero sí aquella rama hospitalaria; pero al cabo de ocho días de su imprevista llegada, parecíale ya que habitar en el hotel y casar á su hija eran dos cosas incompatibles. Los hoteles de París son enemigos declarados de la vida de familia; ¿cómo, pues, presentar á Katia, cómo recibir a algunos amigos, y á los amigos de esos amigos, en el salón común, siempre ocupado, siempre entre dos corrientes de aire? La señora Slavsky tuvo un día una explicación con el coronel.

—Mire usted, Boleslas—le dijo,—esta vida es demasiado incómoda; además, Katia tiene un modo de presentarse cuando menos se la espera... Hace poco, la creía bastante lejos, cuando la veo subir la escalera de cuatro en cuatro escalones; quería comprar un perro blanco que un vendedor le ofrecía en el bulevar. A punto estuvo de sorprenderme en la puerta de la habi-

tación de usted. Esto no puede seguir así.

Esta conversación se sostenía á media voz en el cuarto de Boleslas, una hermosa tarde, á últimos del mes de abril.

-Verdaderamente, no puede seguir así - respondió

suspirando el coronel. - Sería preciso casarla.

—¡Casarla! — exclamó la señora Slavsky; — ¡pero si no deseo otra cosa! Es decir; que no hago más que buscarle maridos. ¡Y encuentro! Pero no sé qué sucede, que esos malhadados partidos se deshacen siempre en el momento más crítico. Algo hay en ello de inconcebible.

-Quizá - insinuó el coronel - Katia no pone en ello

toda la buena voluntad que fuera de desear.

-¿Ella? No, de eso no puede culpársela. ¡Pobre chica! Tiene muchos defectos; pero en lo que concierne á su casamiento, no le he oído hacer nunca una objección. El primer partido que se presentó, hace

cuatro años, aquel conde alemán, ¿recuerda usted?

Boleslas hizo un gesto, que lo mismo podía significar

me acuerdo, que no sé.

—Pues bien, aquel individuo no era ni guapo ni amable; era rico, ó por lo menos parecía serlo, pero yo no he visto en mi vida á nadie más antipático. Sin embargo, el día que le dije á Catalina: «Ese es tu prometido», me contestó: «Bien, mamá», y luego no volvió á decir ni una palabra.

-; Y cuando se deshizo la boda?

—Tampoco. Por lo demás, me alegré de no llevar á cabo aquel proyecto; era un conde de promoción muy moderna; su padre había conseguido el título por servicios prestados á la patria alemana, y luego he sabido que fué por un perfeccionamiento introducido en la fabricación del salchichón de guisantes. Ya ve usted que no era gran cosa.

-Pero ¿por que se rompió ese matrimonio? - pre-

guntó Boleslas.

-Demasiado lo sabe usted, puesto que fué el encar-

gado de devolverle su palabra.

—Es verdad; perdóneme usted, amiga mía, tengo muy poca memoria y no me acuerdo sino muy vagamente...

La señora Slavsky hizo un gesto desdeñoso; la poca memoria del coronel había sido siempre uno de sus mayores motivos de disgusto; pero fingía no concederle importancia.

-Fué por la dote; él la quería en metálico, y mi

marido no quiere dar más que una renta...

-¡Ah, sí, sí, ya me acuerdo! Pero se han presentado

otros partidos ...

—¡Ya lo creo! Primero, Berendief; este se deshizo, porque un día que nos vimos sorprendidas en el paseo por la lluvia, Katia se empeñó en que la pasase á cuestas para no mojarse el calzado de color al atravesar un charco, y él se negó; yo creo que el pobre muchacho lo hizo, porque no tenía fuerza; Katia le llevaba en estatura la cabeza...